



**BLUE**  
**LOS CRÍMENES DE CHOPIN**  
**JEANS**

Blue Jeans

Los crímenes de Chopin

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Plano del interior: © Salomart

Primera edición: mayo de 2022  
Depósito legal: B. 6.735-2022  
ISBN: 978-84-08-25741-7  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Unigraf  
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

## CAPÍTULO 1

### NIKO

*Sevilla, viernes 4 de octubre de 2019*

—¿Ya está? ¿Esto es todo?

—Sí. Es todo. Lo siento.

Sus ojos llorosos negros no le harán cambiar de opinión. Hace tiempo que no siente nada por ella. Tal vez, nunca estuvo enamorado de Lydia. Eso ya no importa.

—Pues vete a la mierda, Niko.

—No quiero que te enfades.

—¿Que no me enfade? Me acabas de dejar. ¿Cómo pretendes que me comporte?

—Como adultos.

—¿Me estás hablando en serio?

El joven se encoge de hombros e intenta darle un beso en la mejilla. Lydia se aparta y se sienta en la cama de su habitación.

—Me marchó. Ya te llamaré un día de estos.

—Prefiero que no lo hagas. Olvídate de mí. Borra mi número y no vuelvas a escribirme ni llamarme nunca más.

—¿Estás segura?

La chica no responde. Se tapa la cara con las manos y

se echa a llorar. A Niko le da algo de pena, pero allí ya no tiene nada más que hacer. Abre la puerta y sale del cuarto. Oye que la madre y el padre de su ya exnovia hablan en el salón. ¿Se debería despedir de ellos? Nunca lo han soporado, y a él tampoco es que le caigan muy bien. Así que prefiere no decirles nada. Se mira en el espejo del recibidor y se sopla el flequillo. No tiene aspecto de alguien que acaba de romper una relación. Ni ojeras, ni la nariz roja. No ha derramado ni una lágrima. Tira un poco del pendiente de aro que lleva en la oreja derecha y avanza hacia la salida del piso.

—¡Te odio, gilipollas! ¡Te odio!

Los gritos agónicos de Lydia son como el último aleteo del pez que acaba de ser capturado. Debe salir de esa casa inmediatamente o aparecerán los padres y se liará de verdad. Aunque sería peor que el que acudiera al rescate fuera el hermano mayor. Agustín mide más de metro noventa y ha sido detenido varias veces por desórdenes públicos y violencia callejera. Fuerza bruta y pocas neuronas. Un pieza. Él, en cambio, es todo lo contrario. Si por algo se caracteriza es por actuar de manera minuciosa y sutil. Un fino estilista.

Pese a estar en octubre, hace calor. ¡Veinticinco grados! Es una temperatura habitual en Sevilla, y a Niko le encanta. De pequeño pasó tanto frío en su Polonia natal que agradece el clima cálido de la ciudad que lo acogió. En septiembre se cumplieron siete años de su llegada a la capital andaluza. No echa de menos su país, pero alguna que otra vez ha pensado en regresar. Sobre todo, desde que falleció su abuelo.

—Niko, no me queda mucho. Espero que, pese a todo, me recuerdes con cariño.

—No te vas a morir, abuelo.

—Es ley de vida. Nadie es inmortal. Aunque yo durante un tiempo me lo creí. ¿Escribirás mi biografía, como me prometiste?

—No hables más. Descansa.

—La podrías titular *Dariusz Olejnik, aventuras y desventuras de un ladrón incomparable*.

—Un poco largo, ¿no? Ocuparía casi toda la portada.

—Tienes razón. Nunca se me han dado bien los libros. En eso no nos parecemos.

Mientras que Dariusz apenas había leído un par de novelas en toda su vida, Niko se había convertido en un ávido lector. De hecho, gran parte de su vocabulario en español es gracias a la literatura. Además, le gusta escribir.

El centro de la ciudad está repleto de gente. Le encanta el aroma a café recién hecho que desprenden los bares de aquella zona. Se queda embobado mirando el escaparate de la confitería La Campana. Podría entrar a por un rameado, una palmera de chocolate o una cuña de crema. Le apasiona comer y, por supuesto, los dulces. En Sevilla ha probado la mejor repostería del mundo. Pero la tentación se desvanece cuando una voz poco amable ruge a su espalda:

—¡Eh, tú! ¡Polaco de mierda!

Cuando se gira ve a Agustín, que no parece muy contento. No está solo. Lo acompaña un tipo grueso, con los ojos achinados, unos veinte centímetros más bajo que su amigo, con la misma cara de mala leche.

—¿Qué coño le has hecho a mi hermana? No deja de llorar.

—No le he hecho nada —responde firme Niko. Ese mastodonte no va a intimidarle—. Simplemente hemos roto.

—¿Le has puesto los cuernos?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Nada. Se acabó el amor. ¿No os ha pasado nunca?

No, seguro que no les ha pasado nunca. No cree que esos dos tíos hayan sentido por alguien algo semejante al amor.

Agustín mira a su colega y este niega con la cabeza. De inmediato, como si estuviesen sincronizados, dan un par de pasos hacia adelante al mismo tiempo y se acercan a Niko, que no los pierde de vista.

—Eres un mierda, polaco. No me has gustado nunca.

—Tú a mí, en cambio, siempre me has caído bien, Agus —miente Niko, que sabe que el hermano de Lydia no va a captar la ironía—. Chicos, me tengo que ir. Ha sido un placer charlar con vosotros.

—Espera un momento —dice el otro muchacho, al que recuerda que llaman Sasaki—. Lydia es como si fuera de mi familia. Lo que le has hecho no te va a salir gratis.

—Os repito que no le he hecho nada. Enseguida encontrará a otro. O a otra. Quién sabe.

—¿Qué insinúas, desgraciado, que mi hermana es bollera?

¿Cómo le explica a esos dos neandertales que viven en el siglo XXI y que no todas las relaciones son heteronormativas? No hay tiempo. De repente, el puño de Sasaki viaja

directo hacia su estómago. Niko se echa hacia atrás y esquiva el golpe. Sus reflejos también le permiten que el hermano de su exnovia solo le roce la rodilla en un intento de patada. Aquello se está poniendo feo.

—No te irás de rositas —dice Agustín, que respira agitado—. Te mereces dos buenas hostias.

—Pues vais a tener que correr mucho para dárme las.

Niko logra eludir un par de puñetazos más de sus adversarios y escapa a toda velocidad, abriéndose paso entre la gente. Sus dos agresores van tras él, pero no son tan rápidos. La persecución no dura mucho. Los pierde enseguida, aunque no los tiene todas consigo. Ve la iglesia Colegial del Divino Salvador abierta y se esconde en ella. Se persigna y se sienta en la última banca a recuperar el aliento. Por suerte, no saben dónde vive. A Lydia jamás la llevó a su casa ni le reveló su dirección. Ni a ella ni a nadie. Ahora se alegra de ser tan precavido y desconfiado. De todas maneras, tendrá que andarse con cuidado con esos dos. Sevilla no es tan grande como para que no vuelvan a coincidir y desde ahora es un objetivo para esos tipejos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunta un hombre de cabello canoso que se aproxima hasta él.

Viste con una sotana negra y un alzacuellos blanco. Camina despacio, dando pasitos cortos. Niko calcula que debe de rondar los ochenta años.

—¿Necesitas confesarte? —insiste el cura con un tono de voz pausado.

—No, gracias. Ya me iba.

—¿Has entrado solo para ver nuestra iglesia? El Salvador es de las que tiene más historia de toda Sevilla. Es una maravilla.



—Sí, es preciosa —responde el joven, que examina asombrado el interior del templo. Su mirada se detiene en la zona iluminada de la derecha—. ¿Ese órgano funciona?

—Perfectamente.

—¿Puedo tocarlo?

Al cura le sorprende la petición de Niko. Duda en lo que contestarle, aunque al final da su aprobación. El chico se levanta y se dirige raudo hacia el órgano. Se sienta en la banqueta que ve frente al instrumento y estira los dedos. Cierra los ojos y se concentra unos segundos. Sus dedos comienzan a danzar sobre las teclas. Suena una melodía que el hombre del cabello blanco no tarda en reconocer.

—¿Chopin?

Niko no dice nada. No le gusta hablar mientras toca. Siempre lo hace en silencio, desde niño, cuando su madre lo sentaba en el piano. Se pasaba un sinfín de horas cada día interpretando las partituras compuestas por los grandes genios de la historia de la música. Era tanta su devoción y dedicación por aquel instrumento que no tenía amigos. No los necesitaba. Tocaba, tocaba y tocaba. Un pequeño virtuoso que prometía convertirse en uno de los mejores pianistas de Polonia. Hasta que un accidente lo truncó todo y su vida cambió de forma radical.

—Eres muy bueno. ¿Por qué no vienes algún domingo a deleitarnos? —le dice el cura cuando Niko finaliza aquel nocturno.

—¿A misa?

—Sí. A tocar.

—No, gracias. No me gustan las ceremonias religiosas.

—¿No eres cristiano?

El joven esboza media sonrisa y le da las gracias al hombre. Se despide de él y sale de la iglesia, no sin antes comprobar si Agustín y Sasaki andan por allí. Buenas noticias: no hay rastro de ellos.

Mientras camina, piensa en lo bien que le ha caído aquel cura. No todos le habrían permitido tocar el órgano de su iglesia. Además, ha acertado al decir que interpretaba una melodía de Chopin, su gran referente e ídolo. Quizá podría pasarse algún domingo, aunque no sea creyente ni le gusten las religiones. La música está por encima de todo.

Anochece, y tendría que coger el bus para regresar a casa, pero le apetece pasear un rato por el centro. Una de sus grandes aficiones es perderse por las calles de la judería. Su abuelo le decía que nunca llegas a conocer del todo el barrio de Santa Cruz. Está lleno de callejones y recovecos que tienes la impresión de que nunca has visto. En una de sus esquinas, Niko encuentra una papelería que todavía está abierta. Ante el pequeño escaparate, se fija en los tres libros que ocupan el espacio detrás del cristal, todos de la misma escritora. No la conoce, pero la dueña del establecimiento, que está a punto de cerrar el local, enseñada le ofrece información:

—La autora es amiga mía, aunque no es famosa. Ha escrito una trilogía maravillosa. De lo mejorcito que he leído en los últimos años. ¿Te interesa?

—No llevo dinero encima.

—¿No? Qué pena. Son unas extraordinarias novelas de misterio. ¡Seguro que no averiguas quién es el asesino hasta el final! Yo no lo logré. Y eso que conozco muy bien a la autora.

El muchacho sonríe. Siente curiosidad. Puede que algún día regrese y compre alguno de esos libros.

— Me ayudas un momento con el expositor de los periódicos? Normalmente lo hace mi hijo, pero hoy no s e dónde se ha metido. Esta juventud cada vez está más descarriada.

—Claro. Encantado.

Entre los dos agarran el expositor y lo meten en el interior de la papelería. Casi no queda prensa de ese viernes, pero el titular de un periódico local llama la atención de Niko, al que se le huela la sangre:

#### UN CRIMEN AL RITMO DE CHOPIN